

Claves

Notas del Escenario Político
14 de Enero, 2014

Naturaleza de la Nueva Mayoría

El Presidente de la DC, Senador Ignacio Walker, abrió el debate respecto de la naturaleza de la Nueva Mayoría y señaló que este pacto en rigor no reemplaza a la Concertación, porque no es en realidad una coalición política. La discusión parece académica o teórica, pero tiene efectos políticos.

La solución inmediata a este debate fue instalar la idea de que la Nueva Mayoría es un "Acuerdo Político y Programático" y no una coalición, al menos como ésta se entendía a la Concertación. ¿Cuál es la justificación de esa diferencia? Para la DC la Concertación era y es una "coalición histórica", concebida como de largo plazo, lo que no necesariamente está en el propósito que ellos ven en la Nueva Mayoría. Se trata de un tema debatible dentro de la DC, pero muchos de ellos no quieren comprometerse en una "coalición histórica" con el PC. Esto no implica el rechazo a un pacto electoral y de gobierno con el PC; pero aquello tiene otro espesor. En esta lógica, no es un rechazo al pacto político, pero sí una razonable incertidumbre respecto de su continuidad futura, que dependerá de su evolución, tanto en las elecciones sucesivas, como en la manera que se desarrollen las relaciones durante el Gobierno Bachelet.

Primero, no es natural en la cultura DC, nacional y mundial, la generación de pactos políticos entre partidos demócrata cristianos y partidos comunistas.

Históricamente, lo más cercano fue el intento realizado en Italia en la década de los '70. Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano ideó en 1973 la idea del concepto de "compromiso histórico", que planteaba la unidad de todos los partidos políticos italianos nacionales para hacer frente a la severa crisis social que afectaba entonces a Italia. El primer intento fue en 1977, pero fracasó por el desacuerdo entre demócratacristianos y socialdemócratas. Pero en 1978, Berlinguer logró revertir la situación gracias al apoyo del líder socialdemócrata Bettino Craxi y el dirigente democristiano Aldo Moro. Pero el mismo año nace el gobierno liderado por el DC Giulio Andreotti, el que debía ser apoyado por el PCI, pero que al final no lo hicieron al integrar Andreotti al Gobierno al anticomunista Antonio Bisaglia. Luego, cuando debió votarse una moción de confianza, Aldo Moro fue raptado y asesinado por las Brigadas Rojas. El PCI, en ese escenario, se abstuvo de la votación, como una respuesta a lo que consideraban era un ataque al pacto DC-PC. Después del asesinato de Moro, el PCI retornó a la oposición.

La distancia entre ambas tradiciones políticas es explicable. Se trata de tradiciones originalmente confesionales, católica una, marxista la otra. Durante el siglo XX, aunque hubo excepciones en ambas, en general se enfrentaron y tenían escasos puntos de

contacto o acuerdo. En Chile, sin embargo, la DC cultivó un perfil de orientación social más nítido, desde su inicio en la Falange, que empalmaba con las tendencias progresistas que se desarrollaron durante el Concilio Vaticano II. Este rasgo no es común en el ideario socialcristiano más tradicional DC de Europa, cuya fuente era las primeras versiones de la Doctrina Social de la Iglesia, más enfocadas en contener el avance de la izquierda que de impulsar genuinamente una política social, como sí comenzó a observarse en la fase conciliar. Esto hizo de la DC chilena una manifestación atípica respecto de sus pares europeos, situados más claramente en la derecha del espectro. Nada de esto logró en su momento evitar una lejanía entre la tradición comunista y la DC chilena, incluso en los años '60. Por el contrario, estos espacios de encuentro resultaron más bien en escisiones izquierdistas desde la DC, que no hicieron más que reforzar esta distancia.

En los '80, los múltiples espacios en común que se generaron en torno a la oposición a Pinochet tampoco estrecharon significativamente esta distancia, salvo en algunos núcleos más activos, sobre todo en el movimiento estudiantil. La política más extrema del PC conducido por Gladys Marín contribuyó también en este sentido, así como la resistencia a la salida política que el PC mantuvo mucho tiempo, incorporándose tardíamente al proceso que derivó en el triunfo del plebiscito de 1988. Por el contrario, aún cuando durante la Unidad Popular el PS desplegó una política mucho más extrema que el PC, su más temprana autocrítica hizo posible una alianza estratégica entre la DC y el PS, que fue la base de la gobernabilidad de los gobiernos de la Concertación. En este sentido, el proceso llamado de "renovación" del socialismo chileno iniciado por Altamirano en Francia en 1979 (y que marcó la gran división del PS), fue muy relevante, pero las condiciones políticas para la Concertación se fraguaron solo cuando la otra mitad del PS (la liderada por Clodomiro Almeyda) tomó tres decisiones: optar por la "vía política", generando una agenda común con la DC en torno al plebiscito; propiciar la unidad del PS; y, hacer declaraciones político-ideológicas que hacían que esta coalición tuviese un sustento de largo plazo. El núcleo de esa declaración la realizó el propio Almeyda al señalar que los socialistas cometieron el error de pensar que la democracia tenía un valor relativo y que la dictadura militar les hizo ver que en realidad tenía un valor sustantivo, de principio.

Segundo, en consecuencia, aunque la reacción actual de un segmento de la DC pueda resultar fuera de contexto, adquiere sentido en el marco de esta distinción: puede existir un acuerdo electoral y luego un acuerdo político y programático, que involucra un pacto de gobierno, pero eso no implica necesariamente un proyecto común de largo plazo, que tiene otro espesor con valores y propósitos fundamentales que logran sintonizar.

Bajo la mirada DC, el primer caso, el de un "acuerdo político programático", sería el de la Nueva Mayoría. Pero siendo rigurosos en la interpretación de las declaraciones, también es la mirada que en general muestra el PC.

Este tipo de acuerdo, que es un acuerdo de gobierno, se acerca a las fórmulas que se construyen en regímenes parlamentarios, donde es posible buscar y evaluar la formación de un gobierno. Lo lógico en un pacto de Gobierno es que un acuerdo programático (que

no implica que los actores que concurren a este acuerdo tengan coincidencia plena en todos los temas, menos aún en los ideológicos) se traduzca en la participación en el Gobierno, como el que se ha materializado en Alemania en Diciembre pasado entre la CDU y el SPD. Es distinto a la lógica que vivió la Concertación entre 1990 y 2009, porque en ese caso era un supuesto que todos los miembros de la coalición estarían en los sucesivos. En el caso de Alemania se trata de un acuerdo para un periodo de Gobierno.

En este sentido, es útil observar el caso de Alemania. La CDU de Angela Merkel evaluó inicialmente un acuerdo con el partido Verde, pacto que no funcionó. La cuestión crítica es la programática y, sobre esa base, la participación en el Gobierno. Con los socialdemócratas negociaron más de dos meses hasta llegar a un acuerdo que tuvo como base la exigencia por parte de los socialdemócratas de un salario mínimo y la condición por parte de la CDU de que éste no se hiciera con un alza de impuesto para los más ricos. El resto de los temas tuvo una relevancia menor, incluida la política de Alemania respecto de Europa. Como puede verse, la segunda "gran coalición" propiciada por Merkel, no se basa en una plataforma programática tan extendida ni tan fundamental: resulta de acuerdos pragmáticos acotados, de mutua conveniencia, que aseguran un grado de estabilidad y la posibilidad de gobernar.

La referencia a la Concertación, entonces, como una "coalición histórica" impone un contrapunto que requiere de otras condiciones para hacerla posible. Si se trata de una coalición con un proyecto de largo plazo, supone acuerdo políticos e ideológicos que no son sólo programáticos, sino ideológicos.

Tercero, ahora bien, el Senador Ignacio Walker ha incorporado un elemento adicional. Ha dicho que la Nueva Mayoría, por las razones expuestas, no solo difiere de la Concertación, sino que no la ha reemplazado realmente. Es decir, que en términos estrictos, la Concertación sigue existiendo. Se puede decir además que para la DC, su existencia se ubica en los que se ha llamado el "eje histórico", vale decir en el eje DC-PS.

Este nudo es más complejo y tiene varias aristas:

- Tiene sentido decir que existe un núcleo básico de la Concertación que se está ampliando para generar un bloque político más amplio y que puede o no mantenerse en el tiempo. La base histórica de la Concertación tendría lógicamente más solidez y una base consistente de confianza. Luego, todos, incluido el propio PC, la IC y el MAS, admiten que la Nueva Mayoría deberá pasar por una fase de prueba y evaluación para determinar su continuidad en el tiempo.
- Sin embargo, la cuestión es si la expresión de este núcleo histórico de la Concertación seguirá siendo el mismo. Muchas señales muestran tendencias en otros sentidos: se ha reinstalado la opción de un "eje progresista" entre el PS y el PPD, que además se ha traducido en una bancada conjunta en el Congreso. Además, dentro del PS se ha debilitado la tesis del eje DC-PS como núcleo de gobernabilidad. Es decir, aunque es posible distinguir un espacio más "histórico" en la Nueva Mayoría, no está claro cuál será su expresión política y la manera como dará una eventual hegemonía interna.

Las derrotas de los senadores Escalona y Alvear debilitaron ese viejo esquema. Al menos, ese diseño de la Concertación ya no existe.

El éxito del Gobierno Bachelet será decisivo para dar continuidad a la Nueva Mayoría o, al menos, a la idea de un "acuerdo político y programático", como se entiende hasta ahora. Su debilidad o fracaso, por el contrario, generará inevitables efectos centrífugos, por la presión social a los partidos de la izquierda, y también puede reactivar las posiciones tradicionales de un eje de poder transversal de la centro-izquierda, como se articuló desde los '90, pero ya sin una clara mayoría electoral, sino tan solo de una fuerza que ronde entre el 35%-40%. Si ese escenario se verifica, las opciones de un candidato como lo fue Enríquez-Ominami el 2009 puede volver a superar el 20% y la Alianza puede resucitar de su actual fracaso.

Esto es, el escenario grueso sigue siendo líquido para las fuerzas políticas tradicionales.